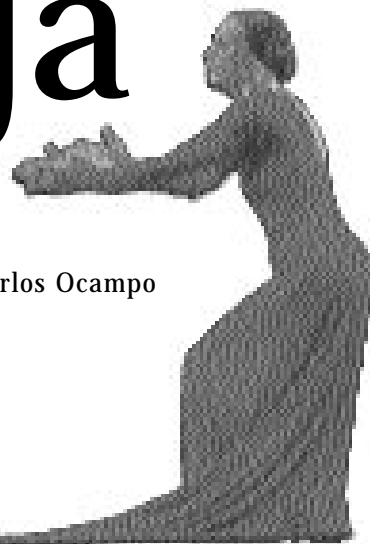


# Pilar Rioja

## *El azogue de sus danzas lunares*

Carlos Ocampo



### ENTRE APOLO Y DIONISIOS

Pilar Rioja constituye un caso de excepción en el entorno de la danza flamenca manufacturada en México y en otras latitudes. El género que ella escogió para desarrollarse se encuentra teñido, en términos generales, por el espíritu expansivo de lo dionisiaco. Danza de lo terreno, de la sangre y la emoción desbordada, de ira y opresión, la que nos llega desde Andalucía posee un tenaz arraigo en la expresividad y el sentimiento humanos.

¿Y cómo podría ser de otro modo si el flamenco es un arte complejo que orquesta, de manera orgánica, diversas tradiciones culturales? Imposible olvidar que espectáculos del calibre de los de Joaquín Cortés, por ejemplo, resultan de un proceso que conjuga, con armonía, las tradiciones de pueblos tan diversos como el árabe, el cristiano y el judío. En esta confluencia centenaria, incluso, también tiene su propio peso el aporte de África, con sus esclavos negros de paso hacia la América recién sometida. Dicho esto de prisa y sin mensocabo del matraz en el que se virtieron y maceraron todas estas influencias: la colectividad gitana asentada en España.

Desde sus orígenes, en la península hindú, donde el golpeteo rítmico del pie sobre la tierra tiene su origen, esta forma de baile hace suyas las fuerzas de la fecundidad, las pulsiones eróticas, la vibración del dolor y el éxtasis colectivo propio de la embriaguez y del rito. Es quizá en la con-

junción de estos componentes que el flamenco encuentra una amplia aceptación entre públicos diversos que permanecen inmunes a las cualidades de otros géneros de danza. De manera inmediata, la audiencia asimila la carga emotiva propia de esta vertiente. Es inevitable, los impulsos centrales del comportamiento humano amasan un núcleo que repercute en el vientre de quien contempla. Hay en este potencial dionisiaco un empuje que resquebraja la monotonía de lo cotidiano para proclamar el imperio del deseo. Hay, asimismo, un aliento mestizo resguardado por la capacidad de resistencia que múltiples etnias han ejercido a lo largo de centurias. Inevitable mencionarlo: la danza flamenca se centrifuga alrededor de la tragedia.

Pilar Rioja ha hecho suyo este legado, es cierto. Empero, su temperamento, su porte y la manera específica en la que se apropia de cada gesto, tienden a una depuración que tiene como horizonte la limpidez clásica de lo apolíneo. En este proceso de pulcra destilación resulta fundamental el tránsito de la bailarina por los andadores de la danza clásica española. Esta escuela, con sus cánones, establece pautas que tienden a la estilización del movimiento, al perfeccionamiento de las poses y al equilibrio. Rioja domina ambas modalidades —flamenco y clásico— con similar soltura. Y, quizá por temperamento, quizá por ese tejido compacto de afinidades y preferencias personales, consigue una mixtura

Pilar Rioja se presentó en la sala Miguel Covarrubias del Centro Cultural Universitario los días 6, 7 y 8 de octubre pasados.

tersa en que las cualidades de cada escuela se fusionan en una retícula que deslumbra gracias a la diáfana belleza que proyecta el material coreográfico que emerge de este procedimiento.

#### EL TRIUNFO DE LA VOLUNTAD

No hay más que verla para calar su temperamento. Delgada. Sólida como un relieve de hielo. Dueña de un rostro dibujado a lápiz de punta fina como esmeril, lleva el cabello atado en la nuca o suelto desgajándose por el marfil de la espalda. Con una sonrisa de madrugada húmeda, recibe a quien la visita. Aprieta la mano sin titubear. Firme. Convencida de su fuerza gentil.

Pilar Rioja, frente al espejo o en los jardines de su estudio, bajo el sol, se desplaza con soltura. Voluntariosa, como buena norteña, no le ha permitido a su cuerpo el menor relajamiento. Cada músculo en su lugar. Fijo y tenso. Alerta. Nada de doblarse ante el tiempo. Ninguna concesión al sobrepeso. No; aunque el género lo admita en muchos casos. Eso a ella la tiene sin cuidado. Es claro: su voluntad se impone a cualquier devaneo. Su figura misma es una expresión traslúcida de su concepto de belleza. Hay una tenacidad feroz en ese afán por preservar el instrumento del que está dotada. A Rioja no la manda nadie. Eso se ve de una sola ojeada.

De esta decisión templada por las horas de trabajo diario es que mana la serenidad que prevalece en su danza. Se trata de encontrar un punto de equilibrio. En ese espacio minúsculo, la *bailaora* acumula la energía propia del flamenco y la va distribuyendo en descargas previstas de antemano. Rioja evita cualquier derroche suntuario. Sabe, desde su primera actuación en 1947, que el interés del espectador se conquista poco a poco. Que se cocina a fuego lento, para espesar la mirada e irritar el deseo. Si lo diera todo desde un principio le resultaría imposible hacerse seguir en una escala ascendente. No. Ella va de a poco. De espaldas al lunetario, apenas deja entrever su perfil de águila. Expande los brazos que gravitan casi en silencio. Extiende los dedos uno por uno. Deposita, en el meñique, toda la elegancia cortesana acumulada durante siglos de experiencia. Y promete. Sólo promete lo que vendrá más tarde. Quien desee ver lo que es capaz de dar, que permanezca sentado en su butaca. Y todo

su público obedece. Faltaba más. Para eso acumuló lustros de experiencia en escenarios enclavados lo mismo en Moscú que en Madrid; en Buenos Aires que en La Habana; en Nueva York que en Mérida. Para eso, igual, ensambla sus espectáculos o participa en escenificaciones de óperas como *La Traviata* o *La vida breve*.

Porque cualquier aficionado al decir flamenco lo sabe: en sentido inverso de lo que sucede en otras áreas de la danza, en ésta los años no constituyen una carga. Aquí lo vivido se acumula poco a poco para imprimirle densidad a las acciones que van engrazando un discurso legible, atenido a las reglas, es cierto, pero a la vez, personalizado hasta volver inconfundible la sola silueta de la bailarina que naciera en Torreón un 13 de septiembre.

#### EL FLAMENCO DE TODOS Y CADA UNO

En sus años de juventud primera, Pilar Rioja atrajo al poeta Luis Rius con los encajes que sus manos bordaban en el aire, como al despuntar el siglo lo hiciera Antonia Mercé —“La Ar-



gentina” — con Ramón López Velarde o Carlos Pellicer. Dilatada, la urdimbre entre los dueños de la palabra y las gestoras del tiempo vuelto danza. Hoy, en una madurez, posee el esplendor de la plata bañada por esa pátina que sólo los años otorga. Y sigue seduciendo gracias a la malicia, se diría, con la que deja fluir —en un goteo mercurial— cada una de sus actitudes.

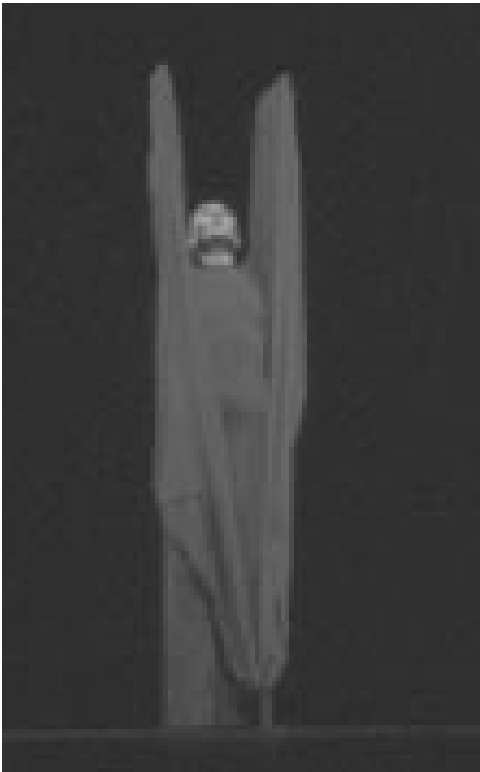
No hay desperdicio alguno en los procedimientos con los que llena el escenario en este fin de siglo. Así se constató en el programa que bautizara como *Bailes de cuenta y cascabel*, ejecutado en la Sala Miguel Covarrubias ya en el otoño de este año 2000. Aunque por igual se constata en cada una de sus presentaciones por la República o en las visitas periódicas que, desde 1974, cumple en el Grammercy Arts Theatre, Teatro Repertorio Español, en la ciudad de Nueva York. Si damos por sentado que, en efecto, el flamenco es un arte que resulta del mestizaje multiétnico, entonces es dado comprender la especificidad con que la bailarina mexicana depuró sus estrategias para, sin negar sus orígenes ni contradecir sus fundamentos, amalgamar una expresión propia que le permite

decirse a sí misma en el marco de una tradición fecunda.

Como solista, Pilar Rioja sabe que para capitalizar las posibilidades de los foros que la acogen es necesario rodearse de un equipo. Y no se trata sólo de evitar la sobreexposición que calcinaría su historial. Va más allá. Lo que ella consigue es mantener el sustrato multifacético de una manifestación que entreteje las voces del canto, las percusiones y las melodías de la guitarra junto con, claro está, el baile mismo. Como dice en su estudio *El flamenco* Alicia Mederos:

Una guitarra, una hora propicia, unas palmas haciendo son a tiempo, una copa de vino o manzanilla que se bebe como un rito, un auditorio que no pase de seis o siete personas, un clima creado por la seguridad del cantaor que sabe que quienes le van a oír entienden del canto...; y tenemos el escenario propicio para que, llegado el momento, salgan las bailaoras al centro del tablao en igual ejercicio de comunión con lo eterno.

Si bien el público que convoca Rioja rebasa con amplitud los seis o siete miembros de esa



cofradía cómplice y casi secreta que solicita Mederos en su *summa* ideal, lo que sí fragua nuestro personaje es un clima proclive a la empatía. Su saber escénico le otorga los implementos para que, a medida que transcurren los minutos, se afiance un espacio imaginario en el que priva la intimidad y cada artista puede hacer lo suyo como si se encontrara en el centro de esa cavidad estrógena donde las potencialidades de cada cual fluyen sin cortapisa en virtud del entendimiento mutuo, de esa aceptación que de entrada requiere quien practica el flamenco para liberar sus impulsos secretos. Y, por sobre todos sus acompañantes, Rioja misma flota —se diría— como un lirio acuático sobre esa líquida emoción que vuelve una sola cosa a los intérpretes y sus seguidores.

Sin embargo, hay que decirlo, la artista no se sobreimpone. Por el contrario, permite que cada cual cumpla con su cometido. Que se explayen a su gusto. Que consigan el aplauso por méritos propios. Los *cantaores*, Chayito y Bernardo de Jaén disponen de espacios propios para que sus voces, ásperas, casi empedradas —como debe de ser—, reactualicen ese dolor dulce de los corazones quebrados. Alberto Peregrino y Hugo Peñaloza, con sus guitarras clásicas, y José Luis Negrete al lado de Antonio Muñoz, con las flamencas, acompañan pero también se arriesgan en sus propias especialidades. Marco se hace cargo de las percusiones, materia sonora indispensable en el flamenco que, si careciera de síncopa, no sería nada. Y a todo lo anterior, el espectáculo de Rioja añade un componente inesperado: el piano. Jesús María Figueroa es quien asume el mando de esa nave pulida al negro que espejea. Con esta sonoridad imperial, el concepto adquiere una cohesión donde se reestablece el orden sobre el que reposa ese bien supremo que llamamos belleza.

#### LA BAILARINA EN SU VESTIDOR

Sin ningún otro ornamento escénico. Iluminada con precisión quirúrgica, Pilar Rioja sólo se permite un lujo: el vestuario. En este rubro cuenta con el entendimiento absoluto que tiene Guillermo Barclay de las tradiciones pero, también, de la eficacia escénica y, un rasgo mayor,

la incuestionable línea estética autoral que, sin imponer su dictadura, sabe hacerse percibir. Desde luego, el escenógrafo le obsequia a la bailarina los atributos de una pedrería distribuida con barroca profusión, para los episodios clásicos, o una sobriedad tersa para los fragmentos arraigados en las variantes del flamenco puro.

Hay en el abanico que despliega *Bailes de cuenta y cascabel* un capítulo que relumbra gracias a su economía de elementos. El peso de todo el suceso recae sobre Pilar Rioja. De pronto ella aparece, como si de un ejercicio de prestidigitación se tratara, en un costado del proscenio, zona áurea le dicen. El atavío carmesí que imaginó Barclay para ella más que cubrir, exhibe al cuerpo. La música de Joaquín Turina acompaña a esta *Oración del torero* en que la bailarina deposita toda su pericia. Dotado de una larga cola, el vestuario es el elemento cromático que trasmuta en monograma, en señal elocuente, a la figura de la intérprete. Con esa tela que se enrolla a sus pies o se despliega bajo sus manos, ella vuleve agua roja —sangre— a la tela, o la transforma en capote para doblegar la rabia de un toro invisible pero real.

Rioja alcanza en esta pieza coreográfica la unicidad del icono. La imagen recuerda en algo a la Martha Graham postrera que, una vez superado su declive alcohólico, mutó en el signo de sí misma. Con su propia historia a cuestas, Rioja decanta una síntesis similar. Esa imagen se imprime en la memoria de quien la observa, atónito. Ella aplica este sello con el ímpetu que le otorga su propia trayectoria. La sencillez a la que arriba es el fruto del conocimiento profundo que tiene de su propio arsenal. La *Oración del torero* comprime horas eternas de lucha. Y lo hace sin ninguna tiranía, echando sólo mano de la historia vuelta gesto austero. Dibujo despojados de adornos inútiles. Rúbrica de la artista misma.

Con el manejo de sus ojos, de la mirada que cerca el territorio en el que se desenvuelve su danza, Pilar Rioja pone en claro que su manera de hacer danza flamenca es una vía que ella sola abrió y sólo ella desanda. Pero eso basta para mantener el nicho que labró para presidir, en México, el género que eligió. O el que la eligiera a ella. Como se quiera. Porque el resultado es siempre el mismo: un goce sustentado en el filo mismo de la belleza. **U**

